

REGINA

María Hortensia Troanes*

A Claudio Mattaloni

I
Se apagan
las estufas de día y de noche.
Se acumulan sin peso
uno a uno
cientos,
en los cañizos.

Entre risas, las mujeres,
con malabares delicados,
separan, desprenden, desbaban,
soplan como a panaderitos
los capullos
esas mudas espumas, **sin mar.**

La luz del día, el arte y ellas,
apilan, barajan, imaginan,
rozan, se cubren, se revisten
del ancestral misterio de la seda.

–Éste sí, éste no... ¿éste?
Entrecruzan miradas sagaces.
Con paciencia sopesan
– suman, quitan –

* Poeta argentina.

constantes en su dulce equilibrio
de balanza.

–¡ÉSTE! Éste paraaaaaaaa:
¡Regina!
La ronda de las muchachas resplandece:
alegría.

Y yo corro azarosa a tomar
el tesoro,
que guardo en mi cajita,
carpinterías del abuelo
–porque el invierno ocupa su taller.

Ah primavera propicia ya avanzada
única en mi recuerdo.
Detuvo el frío, el hambre, la pobreza,
detrás de las primeras colinas,
en las nieves del Monte Negro.
Como un pesebre:
cálida Remanzacco
de 1870 y...

–Yo, Regina,
soñé y en sueños conocí a Leizu la emperatriz.
Sobre los hombros,
y en las palmas de mis manos,
multicolor caía una lluvia de capullos de seda.
Con verdes: musgo, oliva, helecho,
tiritas sutiles de hoja de *gelso*,
espigas de trigo aún no maduras.
¡Volaban los amarillos por el aire!
amarillo de las retamas, amarillo de los narcisos,
de las dalias,
amarillo oro del maíz,
limón, miel, azafrán, polenta, azufre,
sol.

Rojos capullos óxidos caían y caían.
Vino caliente espeso, picolit,
frambuesas húmedas en los cestillos de la cena.

Vi capullos azules caer
de azul genciana, azul zafiro y ese otro azul inquietante
de ultramar...
¡Llovían los marrones!
Surcos, viñedos en líneas escarpadas,
senderitos entre *borgo y borgo*,
vetas de tronco añoso, tierra.
Capullos de un naranja brillante,
descendían ligeros las moreras.
Violetas y morados caían de las ramas
cual apretados racimos de uvas estalladas.

Yo, Regina, bailaba la danza de la primavera
devanaba y tejía los hilos
con lanzaderas veloces
y se grababan arco iris que ondulaban
por mi vestido sencillo
¡con hilos de seda!

Ya se ha barrido el carro
Ya se ha lavado el carro
Ya se ha secado el carro
al sol.
Lucca... Genova... GENOVA
Leve la carga de capullos de seda.
Las mujeres anudan los atados
de tela fina.
Anudan los envoltorios suaves
para la turba de crisálidas dormidas
rumbo a la plaza bulliciosa del mercado
o al secadero Bozzoli
de Cividale del Friuli.

II

La carta contaba
que al nacer una niña,
en Argentina,
su padre, de Orria, provincia de Salerno,
en su medialengua de reciénllegado
clamaba con angustia:
¡é mia Nora! ¡é mia Nora!
Y anotaron Minora como nombre.
—Aunque es bonito llamarse así.
Sí que es bonito.
Yo, Regina,
todavía no sé leer ni escribir,
pero al llegar,
no permitiré que cambien
mi nombre, ni una sola letra.
Regina
Soy Regina, lo seré.
Mi nombre viaja conmigo
para siempre.

¡Viento endemoniado!
Inmerso en el espacio
el vuelo sostenido de un pájaro:
a mitad de camino,
alto sobre los viñedos,
enfrente de la casa.
Pobrecito no puede volver,
ni avanzar.
Solo tan solo solitario.
Después se va.

Abajo
en el establo
las pisadas de las vacas
retumban
siento que estoy tan intranquila
como ellas.
Todos duermen en la casa.

Rumio
¿tendrán los animales
abrigo suficiente?

Las hendidjas de la ventana
filtran
las sombras del patio
–las macetas–
Y se va luego el ojo mío
por la puerta trasera
donde el trigo y la cebada
y el afrecho...
–¿Por qué estás levantada,
no duermes, Regina?
–Es el viento, madre.
Ese viento endemoniado.

Una escalera días atrás.
La hoja de papel
la compré en Cividale.
Sobre el arco de entrada,
grabada en piedra por el antepasado,
quedó la fecha final de construcción
de este *casale*
settecentesco.
Al papel la calqué, con mi mano y un lápiz.
¡Cómo haré que esta hoja **arrive**
sin ajarse!
Sí, entre cartones.

Regina mira las torpes rayas negras:
una bandada oscura
de la primavera.

–Tienes razón, Regina, es verdad.
Aunque llevemos la fotografía de la casa
–copia fiel de la que queda aquí–
estos trazos son como la sangre:
más crudos, más nítidos, más cercanos.

Hoy pasó el fotógrafo por el *casale*.
Viene de Udine.
Primero se detuvo en Grupignano.
Casi le llevó el día de trabajo, de casa en casa
los encargos.
Dijo que el atardecer
favorece la luz.
Nos ubicamos todos.
Los hombres con el traje de casamiento.
Las mujeres con collares y flores.
Yo tengo puesto un moño grande
y zapatos nuevos.
Se sientan la nona y el nono
de un lado mis padres
del otro mis tíos.
Los chicos quedamos apretados
en abrazos que todavía
dan calor.

—Ahora quietos, sonrían.
Miro la cámara con los ojos fijos
y justo tocan las campanas
de San Juan Bautista.
Sentí que adentro de mi corazón
yo misma
me había hecho grande.

¿Habrán tréboles de cuatro hojas
en América?
Hago un ramito
con los que más me gustan
los veteados
como los pensamientos
y los ato con una cinta de mi pelo.
Después lo dejo en la mesa de la cocina,
sin decir nada a nadie.

El abuelo me preparó
una bolsita
con semillas de morera, *il mio gelso!*
–Para que no pierdas la costumbre
de criar los gusanos, tus hilos y tus sedas.
Y me besó en la frente.

–¿Qué vas a llevar, Regina?
–Mi costurero, las madejas de hilos de seda
de todos, pero de todos los colores.
Ovillos de lana, muchos ovillos.
Y la tela que bordó la abuela
para el ajuar
cuando me case.

III

–Adiós, adiós, adiós.
Los perros siguen el carro.
Y abrazada a mis padres
veo cómo se empequeñece todo
en Remanzacco:
la familia
los chicos
las casas
la torre de la iglesia
los sembrados.
Agito una punta del pañuelo de seda
y con la otra, seco una lágrima
que se transforma en un sollozo
y luego en un llanto que
pasa por los huertos
y dura, dura, atravesando la ciudad.
Regina llora llora llora
hasta que llegan a la estación de trenes
Udine donde sacan los pasajes

y esperan en un banco, hasta que la campanilla
anuncia la partida.

–Adiós, adiós, adiós.

Comen queso con pan
y frutas secas.

Regina apoya las dos manos
en la ventanilla y
no despega su carita durante todo
el tiempo.

Nunca viajó en tren.

Nunca fue a Génova.

Nunca vio el famoso puerto.

Nunca se fue para no volver.

IV

...sin mar... de ultramar... Génova... arrive... Necesidad.

¿Cuándo partiste para la Argentina? ¿En qué barco? ¿Cuándo te casaste con el bisabuelo Santiago? ¿Dónde te casaste: ¿en Casilda, en Arequito? ¿Cómo se encontraron? ¿En qué condición murió tu primer hijo? ¿Cómo se llamaba?

Ah, barreras de la memoria...

Qué sé:

Que eras friulana. Que te casaste en Argentina. Que en 1895 tenías cinco hijos vivos y uno muerto. Emilia, Ida, Amadeo –mi abuelo, a quien tampoco conocí– Mario y Félix: nueve, siete, cinco, tres y un año. Que no encuentro ninguna fotografía tuya. Que en 1895, tus 29 años todavía no sabían leer ni escribir. Que el bisabuelo Giacomo, de Grupignano, alfabeto, herrero y carpintero, te llevaba catorce años. Que Giacomo vino con su hermano Fabiano, en 1878. Que se instalaron en las provincias de Santa Fe y de Entre Ríos. Que mi abuelo y sus hermanos compraron campos en Arequito. Que mi madre adoraba a una tía Regina, delicada y dulce, que la mimaba y le preparaba manjares exquisitos cuando la visitaba, en Arequito, para las vacaciones de verano. Que llevaba tu nombre, tu nombre, sí, Regina. Que yo te quiero ahora y te abrazo y te busco, te seguiré buscando, hasta que vuelvas a la historia y dejes de volar unos instantes por allí, esplendorosa, con tus capullos de seda. Y me hables con el lenguaje de las almas. Oh, debe sonar tan cristalina tu voz de mujer valiente capaz de la epopeya. Sé que tu vida fue siempre feliz, en sus esencias. Y que nos movemos de aquí para allá, los humanos, empujados por Ananké, la poderosa. Necesidad. Que vista, desde donde tú estás, susurrará como un sonajero de recién nacido, cobrando su sentido.